

*Elecciones
2000:
página
fundamental
en la
democracia
de México*

DURANTE 71 años el PRI (Partido de la Revolución Institucional) gobernó México como su dueño prácticamente absoluto, apropiándose incluso de los colores patrios. Casi un siglo de **fallida prehistoria de la democracia**, según Enrique Krauze. Continuator del Partido Nacional de la Revolución de 1810, el PRI, que nació como un conciliábulo de generales que se ponían de acuerdo para repartirse el poder de forma menos sangrienta que en los años de la Revolución, cada sexenio renovaba su identidad autárquica con todos los recursos, legales e ilegales, de que disponía: cambios camaleónicos de orientación ideológica, persecución del disidente, promesas y favores pagados con fondos del Estado benefactor, **ogro filantrópico** según Octavio Paz. Como en un rito azteca de renovación cíclica, las urnas

proclamaban al nuevo presidente designado por el **dedazo** del anterior, creando la sensación de un país que volvía a hacerse de nuevo, para que, al fin, nada cambiara. El ciclo se rompió el 2 de julio, con el triunfo de la Alianza por el Cambio, encabezada por Vicente Fox, del Partido de Acción Nacional (PAN) fundado en 1939 como un partido de **minorías excelentes** encabezadas por Manuel Gómez Morín. Ganó la alternancia, y con ello la democracia, a pesar de las estratagemas priístas del **todo vale con tal de ganar**: robo de **casillas** o papeletas insuficientes en zonas de simpatía panista o perredista (el PRD, Partido de la Revolución Democrática, la tercera fuerza política, fundado por Cuahutémoc Cárdenas en 1989, como escisión y señal del descontento respecto del PRI), coacción y acarreo de votantes y la siempre presente amenaza de una **caída del sistema** informático de recuento de votos como la que en 1987 **dio** el triunfo a Carlos Salinas. Del escepticismo México pasó a la euforia: la esperanza en un nuevo tiempo político se reflejó en la multitud que salió a la calle a celebrar el triunfo. Frente al hecho histórico, de extraordinaria repercusión en la prensa mundial, se abren múltiples interrogantes, especialmente sobre su sentido y su futuro.

La marcha hacia la transición: suma de factores

ENTRE 1940 y 1968, los años dorados de la **dictadura perfecta** del PRI ofrecían la apariencia de una ecuación milagrosa que, bajo el **presidente-emperador** combinaba estabilidad política —sin el **golpismo** de otros países americanos— y crecimiento económico. Pero los signos de necesidad del cambio se fueron dando progresivamente a partir de una sucesión

*de escándalos y desastres, de una violencia estructural y por las crisis que abrían y cerraban cada sexenio empobreciendo cada vez más a los mexicanos de pocos recursos y a la clase media, mientras dejaban pletóricas las arcas particulares de políticos amparados en la impunidad. Los analistas coinciden en señalar como el inicio del fin de la hegemonía priísta la violenta crisis financiera de 1982 –nacionalización de la banca, devaluación e inflación exorbitadas que redujeron en un 40 por ciento el poder adquisitivo de los mexicanos–, que puso al descubierto las limitaciones del sistema. El Estado intentó controlar la disidencia con un maquiavelismo que, al tiempo que favorecía la creación de nuevos partidos o reconocía algunas victorias democráticas en unos estados, reincidía en el fraude en otros, como el de 1986 en Chihuahua. Junto con el descontento creciente, la crisis de 1994 que multiplicó casi por tres los 20 millones de pobres, la rebelión zapatista del mismo año en Chiapas o los asesinatos del Cardenal Posadas o de Luis Donaldo Colosio, abrieron la definitiva brecha, con la crítica de voces autorizadas. La globalización, el acceso a las redes de comunicación, la expansión de los medios hicieron el resto: el mundo entero conoció la pervivencia de modos feudales de explotación, la quiebra social del país, la fragilidad de los derechos humanos. Cuando Ernesto Zedillo decidió garantizar la autonomía del Instituto Federal Electoral en las recientes elecciones y, más aún, en el momento crucial en el que, contrariando a compañeros de partido que lo califican de traidor, anunció que Vicente Fox había ganado, era consciente, sin duda, de que el PRI estaba sentenciado. Con su apoyo a la transición, cumplió con su deber, evitó males mayores –tal vez una más que probable rebelión popular de incalculables consecuencias– y ofreció su mejor imagen de estadista, una especie de **Gorbachov a la mexicana**, protagonista de la democratización del país. Sin embargo,*

*el verdadero hacedor de la transición es el pueblo mexicano que dijo **basta** en las urnas. A pesar de provocaciones y amenazas, votó por el cambio inmediato: **Hoy, hoy, hoy**, como anunciaba el candidato ganador en su efectiva y agresiva campaña publicitaria. Fox, con lenguaje y modos directos, campechanos, y su experiencia como gobernador de Guanajuato, supo sintonizar con los deseos de la gente y, sobre todo, con su descontento.*

Los retos de la democracia naciente

***EN** el amplio **interregno** que se extiende desde las elecciones hasta el próximo 1.º de diciembre en el que ha de asumir la presidencia, Fox debe preparar respuestas concretas a las múltiples e impostergables demandas de sus votantes. Los retos son ingentes. Para empezar, ha de aprobar el presupuesto para el 2001 sin estar en el gobierno. Cómo podrá cumplir Fox su programa de **incremento del ritmo de crecimiento hasta el 7 por 100 y una mejor distribución de la riqueza** para ese 56 por 100 de la población que vive en la pobreza, de los que el 28 por 100 sobrevive en la miseria con menos de 3 dólares al día; **de desarrollo social y educativo**, que permita superar el contraste de unas minorías que se forman en los centros universitarios más exclusivos y un 10,6 por 100 de analfabetismo, son sólo algunos de los muchos enigmas por resolver. A pesar de sus más de 15 millones de votos —3 por encima de su contrincante Francisco Labastida, diferencia que habría sido mayor si la ley no negara el derecho al voto a los casi 20 millones de emigrantes que, huyendo de la pobreza, residen en el extranjero—, el nuevo presidente tendrá en las cámaras legislativas, como oposición, una mayoría relativa del PRI, inmerso en un proceso de descomposición interna*

*aguda; y una debilitada representación del izquierdista PRD, a pesar de su importante papel en la lucha por el cambio y de que ha sabido preservar un espacio de dignidad política en el sistema. ¿Es posible el consenso en las materias fundamentales? Fox anuncia unos **acuerdos de Chapultepec**, inspirados en los **Pactos de la Moncloa**. ¿Sabrán sus señorías cumplir con su responsabilidad en la democratización del país? Es de desear que la madurez política supere los modos esgrimidos en la campaña y en las luchas internas de partido. Será necesaria una verdadera revolución ética para **consolidar el Estado de Derecho y la reforma de la Justicia**, con separación de los poderes, frente al contubernio, al **do ut des** tradicional de la vida política mexicana. Es proverbial la corrupción en los cuerpos de seguridad, que va desde la pequeña **mordida** a las cada vez más peligrosas conexiones con los **carteles** de la droga: una especie de mal endémico que exige una profesionalización y una reforma sustancial de amplios alcances y de ingentes recursos. El peligro de **colombianización** es una seria amenaza que se cierne sobre México y que podría estar en la base del apoyo que Estados Unidos brinda a Fox y al proceso del cambio institucional.*

COMO un signo de que los fantasmas del pasado pueden conjurarse, contra lo habitual en cada cambio de sexenio, no se produjo –al menos por ahora– el desastre económico con devaluación, fuga de capitales y pérdida de la confianza de los inversores que los derrotados anunciaban. Pero el proyecto foxista de extensión del IVA a los alimentos y medicinas ya ha recibido duras críticas. Es imperiosa la necesidad de una reforma y educación fiscales profundas, para que el ciudadano comprenda que el pago de sus impuestos es una condición para el desarrollo, no un

dinero para las **bolsas** de funcionarios corruptos. La confianza sólo podrá lograrse si el nuevo gobierno acaba con la impunidad. ¿Dónde se hallarán las personas adecuadas, con el alto perfil de eficacia y honestidad que demanda tamaña tarea? El pasado empresarial de Fox, su formación en la Universidad Iberoamericana de México y en Harvard, inspiran un planteamiento inédito para designar a los responsables políticos de su futuro gabinete. Con el apoyo de empresas especializadas en la selección de personal de alto nivel, pretende cubrir los cargos políticos de acuerdo con los requisitos de **1) Amor a México, 2) Alto sentido de la responsabilidad social, 3) Honestidad probada, 4) Reconocida capacidad y 5) Obtención de resultados**. Aunque desconocemos los resultados de este peculiar proceso que busca instaurar una **meritocracia en que sólo los mejores tengan responsabilidad** en su equipo, al menos contrasta con la designación directa del **cuate** del presidente de turno o por reparto de poder entre grupos, que asignaban hasta ahora importantes funciones públicas a la incompetencia de muchos de los elegidos.

**A modo de conclusión: un voto de esperanza
para un cambio impostergable**

MÉXICO es un país rico en muchos sentidos y, en el siglo en el que hasta el totalitarismo marxista ha fenecido, su destino no podía seguir en manos de un único partido. Con cien millones de habitantes y un territorio bendecido por cuantiosos recursos naturales tiene posibilidades de superar el desafío de su modernización y democratización, pero no será fácil. Sus mismas dimensiones y potencialidades deben ser gestionadas con eficacia para que el cambio no lleve a situaciones traumáticas. La proximidad con el

coloso del Norte ofrece también sus paradojas: el TLC es un buen ejemplo, puesto que ha favorecido el desarrollo rápido de la actividad industrial —en algunas regiones, hasta un 28 por 100—, mediante la instalación de **maquiladoras**; pero si este modo productivo no se combina con otras estrategias, puede dar un México dependiente, a merced del Norte. Sumamente delicada será también la negociación con el EZLN, al que los mexicanos han llegado a ver con una distancia cruel. Las recientes elecciones chiapanecas confirman el deseo del cambio con el triunfo de la Alianza conformada por el PAN, el PRD y otros partidos menores, y encabezada por Pablo Salazar, de pasado priista y religión evangélica —otra novedad, como la inédita foto del futuro presidente Fox comulgando— del que se espera un definitivo apoyo a la solución del conflicto enquistado por más de seis años.

LA importancia del cambio político en México lo es también en relación con su relevancia en el contexto iberoamericano —el **efecto tequila** de años pasados así lo demostró—, y como aviso frente a tentaciones autárquicas: ni las dictaduras perfectas son eternas. Fox, por su trayectoria —las encuestas califican con un 7 su gobierno en Guanajuato— y por sus primeras intervenciones y medidas de estos meses —viajes a Argentina, Chile, Uruguay, Centroamérica, Canadá y Estados Unidos incluidos— parece distanciarse claramente del paradigma Chávez, y del de Fujimori. Asistimos al inicio de una etapa que, tras la perplejidad inicial, despierta en los mexicanos enormes expectativas, y, por lo mismo, exigirá resultados concretos inmediatos. A la etapa de seducción electoral ha de sucederle la del cambio positivo, e incluso la de la disminución del poder presidencialista y la garantía de la alternancia futura, en esta página abierta en la historia de la joven democracia mexicana.